

INTRODUCCIÓN

El “Domestic Abuse Intervention Project” y el currículum de Duluth

En marzo de 1981, Duluth, Minnesota, fue la primera ciudad en los Estados Unidos en implementar un proyecto de respuesta comunitaria integrada como una manera de proteger de actos continuos de abuso a mujeres que ya habían sido agredidas. El “Domestic Abuse Intervention Project” (DAIP) coordinó un conjunto de respuestas de los servicios policiales, de justicia, sociales y de salud hacia la violencia doméstica. Los resultados fueron notables e inmediatos. Los arrestos de abusadores y las tasas de fallos condenatorios en contra de éstos se incrementaron significativamente; el número de mujeres solicitando órdenes de protección judicial se triplicó. Aquellos individuos que habían delinquido al usar violencia en sus relaciones de pareja fueron ordenados por la corte a que asistieran a un programa de rehabilitación en grupos.

Tres años después, el DAIP designó al currículum *Power and Control: Tactics of Men Who Batter* como una alternativa a los enfoques de trabajo con hombres que abusan a sus parejas que están basados en el manejo y control de la ira, consejería, psicoterapia o consejería para parejas. El currículum se enfoca no solamente en la eliminación de la violencia física y sexual, sino que también lo hace en la reducción y eliminación de un conjunto de otras conductas agresivas que constituyen abuso.

En las clases basadas en el currículum de Duluth, se les pide a los hombres que examinen sus creencias acerca de las mujeres, los hombres, las relaciones de pareja y la familia. Se les pide también que consideren la cultura en la cual han sido socializados ya que es en tal cultura que están basadas esas creencias. El entender que el uso de la violencia es un comportamiento intencional —que no es producto de problemas en el control de su ira, abuso de drogas o alcohol, una baja auto-estima u otros factores— les ayuda a elegir comportamientos no-abusivos y a construir un tipo de relación de pareja diferente, basada en la igualdad y el respeto.

Desde su surgimiento, el currículum de Duluth ha sido usado en cientos de comunidades en los Estados Unidos y en el extranjero. Durante varios años, al DAIP se le ha recomendado con insistencia que produzca una versión para hombres hispanohablantes. Finalmente, en 1998, Praxis International y el DAIP empezaron a trabajar conjuntamente para producir esta adaptación del currículum de Duluth.

Algunas reflexiones personales

Quisiera explicar por qué me involucré en la realización de la adaptación al idioma español del currículum de Duluth. En 1986, después de casi catorce años de estar juntos, la mujer que era mi pareja se enamoró de otro hombre y nuestra relación terminó. Estando ya involucrado en un proceso de cambio y crecimiento personal, además de sentir una profunda tristeza, angustia y

confusión, sentí también una intensa sensación de libertad recobrada. Me sentí como un dictador derrocado por el pueblo que oprimía. Mi pareja había confrontado una sociedad que no apoya la emancipación de la mujer y me desafiaba a mí, un hombre que, si bien no la abusó físicamente, era tan impredecible que ella nunca llegó a sentirse relajada. Su energía y determinación fueron suficientemente poderosas para liberarse de mi control y para liberarme a mí mismo de controlarla a ella.

Años después, Eduardo Galeano comentó que tenía muchos amigos chilenos que en las calles, luchaban en contra del dictador Augusto Pinochet pero que, en sus propias casas, ellos mismos eran dictadores. Sabía que Galeano decía la verdad porque lo vi en mí mismo y en muchos de mis amigos y conocidos. Muchos de nosotros podíamos dedicarnos a los ideales de igualdad, justicia social, democracia y libertad, pero no éramos capaces de aplicar esos mismos valores en casa, con nuestras parejas y nuestros hijos e hijas. Podíamos hablar acerca de esos principios, pero nuestras prácticas no eran congruentes con nuestro discurso. Nuestras vidas privadas estaban separadas de nuestras vidas públicas; había una gran brecha entre nuestro discurso y nuestras acciones. Un cambio de comportamientos resultaba (y resulta) necesario, así como también la modificación de nuestras creencias —tanto acerca de mujeres y relaciones de pareja, como del rol de la mujer en la sociedad— que constituyen la base ideológica que sustenta nuestras acciones.

En 1987 salí de mi país y me radiqué en Toronto, Canadá. Allí me relacioné con el “Colectivo de Mujeres Latinoamericanas,” un grupo de latinas dedicadas a fortalecerse a sí mismas a través de apoyarse mutuamente y de la realización de actividades para mujeres inmigrantes. Este colectivo proporcionaba información acerca de medios y recursos disponibles para recién llegadas y también acerca de cómo obtener ayuda en casos de violencia doméstica. Durante ese tiempo, aunque estaba totalmente convencido de la igualdad entre todos los seres humanos, de que me veía a mí mismo como un hombre pro-feminista y de que mi corazón estaba lleno de buenas intenciones, no dudé en hacer la típica pregunta: “¿Y dónde están los refugios para hombres que han sido abusados por sus esposas?” Más aún, recuerdo que en una reunión, dije que, “Había mujeres a las que les gustaba que sus hombres les pegaran.” Mis amigas en el Colectivo debieron haber tenido cierta esperanza en mí porque, en vez de excluirme de que las ayudara en sus actividades, me continuaron enseñando acerca del movimiento feminista y la lucha por la igualdad de las mujeres.

Recibí terapia por años para tratar de entender mis comportamientos, mi rabia, por qué reaccionaba de la manera en que lo hacía tanto en relaciones serias y estables con mujeres como en otras situaciones. Esa terapia me ayudó en muchos aspectos de mi vida, especialmente para procesar experiencias difíciles como la separación de mis padres, mi propia separación de mi esposa y mis hijas, los años de gobierno de la dictadura militar, el asentarme en un nuevo país y sufrir ocasionalmente racismo y discriminación. Sin embargo, no me ayudó mucho para cesar mis comportamientos controladores y mis expectativas de que la mujer en una relación amorosa conmigo debía de hacerse cargo de mí, especialmente de mis necesidades emotivas.

Debido a la crisis de mi separación yo sabía que, si quería mantener una relación y tener cierta felicidad en mi vida, tenía que cambiar. Cuando llegué a Canadá, las compañeras me dijeron que había grupos para hombres en diversas partes de Norteamérica. Decidí entonces que yo quería

empezar un grupo. No me quedaba claro qué significaba un “grupo de hombres,” pero empecé a investigar. En ese momento, 1988, no avancé mucho en mi proyecto, pero empecé a participar en conferencias acerca de cuestiones feministas y actividades dentro de la comunidad latinoamericana relacionadas con abusos en contra de mujeres. En 1991, me adherí a la “Coalición Latinoamericana para detener la Violencia contra Mujeres y Niños;” los hombres miembros de esta coalición éramos muy pocos.

Un sacerdote, Richard Greenshow, también participante de la Coalición, fue quien me recomendó el libro *Men’s Work: How To Stop the Violence That Tears Our Lives Apart*, de Paul Kivel (1992). Este libro me influyó profundamente. El autor escribe acerca de su propio proceso de cambio; desarrolla el concepto de que los hombres abusan porque han sido criados en sociedades que les enseñan que la violencia es un método para resolver problemas. Sus acciones abusivas son justificadas como una expresión de masculinidad. La conclusión es que hemos sido socializados para actuar violentamente. Para mí, este fue un gran descubrimiento. Si mis conductas abusivas hacia otros era algo aprendido, si el hecho de permitirme a mí mismo expresar mi ira de manera amenazante era el producto de cómo fui socializado, entonces las razones no eran psicológicas. La raíz de mis actitudes no radicaba en una posible vinculación débil con mi madre, la ausencia de mi padre cuando yo era niño, el golpe militar en mi país, ni en ninguna otra respuesta psicológica a los eventos de mi vida.

En 1994, empecé a facilitar grupos de hombres y recibí entrenamiento de Emerge en Boston, de Paul Kivel en Toronto y del “Domestic Abuse Intervention Project” (DAIP) en Duluth. Fui a esta ciudad en mayo de 1995, cuando el DAIP ofreció, dentro de la misma semana, entrenamientos en el currículum *In Our Best Interest* para facilitadoras de grupos de mujeres y en el currículum *Power and Control: Tactics of Men Who Batter* para facilitadores de grupos de hombres. Ya estaba familiarizado con el currículum de Duluth porque algunos de sus ejercicios —el diario del control, la rueda del poder y el control y la rueda de la igualdad— eran usados en el programa “Man to Man” in Branton, Ontario, en donde yo hice una práctica profesional para obtener mi grado de bachiller en trabajo social.

El entrenamiento empezó con *In Our Best Interest*. Michelle LeBeau y Jill Abernathey, dos sobrevivientes de abuso doméstico, estaban a cargo de la sesión. Empezaron la reunión hablando de opresión —de hombres hacia mujeres o de países ricos hacia países pobres—, de sistemas patriarcales, de la importancia de la liberación femenina, de la igualdad entre los seres humanos. El salón estaba lleno de personas agitadas; algunas se veían enojadas quizás por lo que estaban escuchando. A lo mejor habrían preferido oír acerca de mujeres disfuncionales que se quedan con sus abusadores, o acerca de este grupo de gente “diferente” que abusa o que es abusada. En lugar de eso, escuchamos un enfoque que centra el problema de la violencia doméstica en una sociedad que le permite existir; es decir, que existe porque hay una cultura y un sistema económico, legal y político que institucionaliza la desigualdad —no únicamente entre hombres y mujeres, sino también entre otros grupos sociales como ricos y pobres, gente blanca y gente de color, homosexuales y heterosexuales. Hasta entonces nunca me había quedado tan claro el contexto social en el cual ocurre la violencia doméstica. Me sentí profundamente emocionado por la fuerza y compromiso de esas mujeres. Esa experiencia consolidó mi decisión de trabajar en la re-educación de hombres —por supuesto, incluyéndome a mí mismo— que abusan o han abusado a sus parejas.

Desarrollando materiales curriculares para hombres hispanohablantes

Desde ese entrenamiento, he seguido usando el currículum de Duluth y he facilitado muchos grupos de hombres abusadores —tanto angloparlantes como hispanohablantes. Al igual que otros facilitadores hispanohablantes (y facilitadores angloparlantes que usan intérpretes), he traducido las lecciones y las viñetas al español (algunas veces durante la clase misma) y encontré que esto resultaba efectivo para ayudarnos a guiar la discusión del grupo sin perder el enfoque en la conducta abusiva de los hombres. Al mismo tiempo, me fue quedando claro que se requería una versión en español de las viñetas y del manual, ya que es muy difícil traducir palabra por palabra del inglés mientras se está llevando a cabo la sesión.

En 1998, Praxis y el DAIP me pidieron que adaptara el currículum de Duluth para hombres hispanohablantes. La tarea consistía en traducir el material, crear nuevas viñetas y ejercicios y adaptarlo de manera que fuese relevante en términos culturales. Esto fue todo un desafío porque, por supuesto, no hay una cultura latina única.

Según cifras del “Census 2000”¹ para ese año, se indica que habían en los Estados Unidos más de 35 millones de personas de origen latino o hispano, correspondiente al 12.5% de un total de un poco más de 281 millones. Esta es una cantidad mayor a las poblaciones juntas de El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras y Costa Rica. Otro dato sorprendente es que la población de latinos y latinas en los Estados Unidos es mayor que la población total de Canadá.² El censo también indica que no se trata de un grupo homogéneo. Del total de latinos o hispanos en los Estados Unidos, los méxico-americanos constituyen el 7.3%; puertorriqueños el 1.2%; cubano-americanos el 0.4% y el 3.6% restante está compuesto de personas con orígenes nacionales de todo el resto de los países latinoamericanos. Estos datos oficiales no incluyen el número desconocido de hispanos indocumentados que viven y trabajan ilegalmente en los Estados Unidos.

En veintiún países del mundo, el español es el idioma oficial; diecinueve de esos países están en norte, centro y Sudamérica. Bajo esta base, ¿resulta posible llamar “latinoamericanos” o “hispanos” a la población de los países de Latinoamérica? La respuesta pudiera ser afirmativa si el idioma fuese el único criterio. Pero, aun en ese caso, no todos hablamos el español de la misma manera; tenemos diferentes acentos y diferentes expresiones idiomáticas y, además, muchos de los llamados “hispanos” en los Estados Unidos y muchas personas de origen indígena en los países latinoamericanos no hablan bien el español o bien este es su segundo idioma.

La población de origen latinoamericano tiene muchas cosas en común; tenemos también muchas diferencias. Algunas de las cosas que compartimos incluyen:

¹ Population Estimates Program, Population Division. US. Census Bureau, Washington, D.C. 20233. Census 2000. Summary File 1.

² Según Statistics Canada, la cifra total estimada de la población canadiense era para el año 2000, de 30.750.100. La fecha de publicación de esta cifra en el website de esta organización (<http://www.statcan.ca>) es el 17 de enero del 2001.

Historia

- Los países que ahora son llamados latinoamericanos fueron colonizados por España, en un proceso que duró cuatro siglos y que afectó a toda una gama de pueblos nativos, razas, culturas y territorios.
- Estos países obtuvieron su independencia en el siglo XIX.

Cultura

- La mayoría de Latinoamérica es cristiana, específicamente católica, la religión de los colonizadores españoles.
- El capitalismo es el sistema económico predominante, aunque Cuba tiene un sistema económico socialista.
- El patriarcado tiene una gran influencia y los hombres tienen más poder —en términos económicos, políticos, sociales, religiosos, militares y legales— que las mujeres.
- Con la excepción de Cuba, los Estados Unidos son, en términos políticos, culturales e ideológicos, la principal influencia en la mayor parte de los países latinoamericanos y son, además, su principal (aunque no el único) socio comercial.

Población

- Existen minorías de personas pertenecientes a pueblos originarios en la mayor parte de los países, pero en algunos (por ejemplo en Guatemala, Perú, Ecuador y Bolivia) estas comunidades constituyen la mayoría.
- En la mayoría de los países latinoamericanos, una minoría de la población es de ascendencia africana.
- En la mayor parte de esos países la población total se compone de comunidades de pueblos originarios, la población blanca tanto de origen español como de otros países europeos; la población negra y la población “mestiza” —población de razas mezcladas (pueblos originarios y negros, españoles y pueblos originarios, etc.). Existen además en varios países, comunidades de gente de ascendencia asiática, especialmente de Japón, Corea y China. En algunos países se han desarrollado comunidades de origen árabe.

Existen también elementos distintivos para cada país

- Aunque el español es el idioma principal de las más de 300 millones de personas que viven en países latinoamericanos, hay varios millones de personas nativas quienes hablan sus propios idiomas: maya, quechua, guaraní, aymara, y otros. Es posible que estas personas no hablen español o, en todo caso, lo hablen como un segundo idioma.
- Cada uno de los diecinueve países latinoamericanos tiene su propia cultura, historia, cocina, música, danzas, literatura, costumbres, geografía, una manera distintiva de hablar el idioma español, y muchas otras características individuales. Lo mismo ocurre con las diversas comunidades latinas o hispanas que viven en los Estados Unidos. Tampoco debemos olvidar que miles de los ancestros de la gente que hoy llamamos México-americanos, vivían en Texas, California y otros estados que eran parte de México antes

de que la frontera que divide a los Estados Unidos y México fuera desplazada de norte a sur.

- Cada país tiene sus propias leyes y gobiernos independientes.
- Cada país tiene diferentes ingresos per capita y diferentes niveles de desarrollo técnico, educacional y económico.

Dada la diversidad de las culturas latinoamericanas, la tarea de realizar una traducción y adaptación del currículum que sea culturalmente relevante, pudiera parecer imposible. Sin embargo, el diseño original del currículum de Duluth ha hecho que esta tarea haya podido realizarse con relativa facilidad debido a que el currículum no está compuesto de materiales que los participantes deban repetir y aprender. En lugar de eso, propone un proceso de exploración de la cultura y las creencias de los hombres en el grupo sin importar cuáles sean.

Una de las herramientas para este proceso de exploración es una serie de viñetas en video. Para crear estas viñetas, me reuní con activistas comunitarias y mujeres latinas que han sido abusadas a fin de generar historias; usé también situaciones tomadas de mi propia experiencia al facilitar grupos de hombres abusadores hispanohablantes. Los argumentos de estas viñetas son entonces experiencias de mujeres latinas que han sido abusadas. Trabajé los guiones con Liliana Espondaburu, una actriz y activista comunitaria latina, de gran entusiasmo y energía positiva, con quien co-dirigí los videos; en estos aparecen actrices y actores latinos de varias raíces culturales y orígenes nacionales —México, Puerto Rico, Colombia, El Salvador, Paraguay, Argentina, Perú, Venezuela, Cuba y Estados Unidos.

Finalmente, traduje y adapté las otras herramientas fundamentales del currículum de Duluth (el diario del control, plan de acción, ejercicios y formularios). El material, así como las viñetas con actores y actrices latinos hablando en español, mejoran notablemente nuestras intervenciones ya que los hombres del grupo ven sus vidas reflejadas en el material de la clase. Lo que es realmente importante, sin embargo, es el método de incitar y trabar un diálogo mediante el cual los participantes encuentran respuestas por sí mismos.

El método de Freire

El currículum de Duluth está, en gran parte, basado en el trabajo de Paulo Freire, el ya fallecido escritor y educador brasileño. Freire desarrolló una teoría y una práctica para la educación de gente analfabeta en Brasil y en Chile. Su trabajo está basado en la idea de que cada persona, sin importar qué tan oprimido se encuentre, puede aprender a examinar el mundo de una manera crítica.

En su trabajo con hombres abusadores, las activistas de Duluth tomaron una idea central del trabajo de Freire: la noción de que es importante distinguir entre lo que es natural y lo que es cultural.

Todas las cosas que no han sido hechas por el hombre son lo natural (algunas personas podrían decir que todas aquellas cosas hechas por un creador constituyen lo que llamamos natural).

Todas las cosas hechas mediante la actividad humana no son naturales, son culturales y por lo tanto pueden ser cambiadas. Entonces, el propósito de los grupos educativos consiste en hacer la distinción entre lo que es natural y lo que es cultural y, con el objetivo de llegar a ser más humanos, desafiar a los hombres a cambiar todas aquellas cosas negativas que son el producto de las actividades humanas.

El método de educación a través del diálogo y de aprendizaje a través de preguntas de Freire, implica, en nuestro trabajo con los grupos de hombres, que la mayor parte de lo que se escucha en cada sesión proviene de los participantes en la reunión. Los facilitadores y las facilitadoras³ exponen problemas fundamentalmente usando preguntas; no enseñan “la verdad” ni dan cátedra. Los participantes exploran su mundo, lo discuten, lo definen, lo describen e identifican su propia realidad, convicciones, creencias y cultura. Analizan, desde su propia cultura, sus experiencias en el mundo y reflexionan acerca de todas las fuerzas que operan en sus vidas. Entonces toman decisiones acerca de cómo actuar en el mundo con una conciencia crítica. Es esta característica del currículum que asegura que las facilitadoras no impongan un paradigma cultural dominante sobre los hombres del grupo. De manera similar, aquellas facilitadoras que provienen de comunidades marginalizadas social y económicamente no experimentarán una imposición cultural.

Por ejemplo, uno de los temas en el currículum de Duluth trata de la camaradería y la cuestión de la socialización entre hombres y mujeres —específicamente, los roles de esposa, madre, padre, esposo, hijas e hijos. La familia tiene características culturales muy especiales para la comunidad latina; es una sólida red de apoyo en la cual cada uno de sus miembros tiene un rol específico y bien definido. En el grupo, la facilitadora les pide a los hombres que hagan una lista de los roles y características que en sus culturas se espera que cada miembro de la familia cumpla. Los miembros del grupo examinan sus propias creencias y convicciones acerca de esos roles y cómo fue que los aprendieron, cómo esos roles afectan las relaciones entre hombres y mujeres y cómo la propia sociedad los promueve. Las respuestas de los hombres provienen entonces de sus propias experiencias sociales y familiares.

Esto no quiere decir que la facilitadora es neutral en su posición con respecto a la violencia. Freire afirma que, con respecto a la lucha entre opresores y oprimidos, no es posible adoptar una posición neutral. En estas clases, los hombres pueden ser simultáneamente oprimidos en nuestra sociedad y opresores en sus propias familias. Se encuentran en esa sesión precisamente para entender las conexiones entre ambas experiencias y para lograr un cambio en la última. Este método de promover un diálogo mediante el cual los participantes mismos encuentran las respuestas es discutido más ampliamente en la conversación con Ellen Pence incluida en la sección III de este manual.

El proceso de pensamiento crítico puede conducir hacia una transformación personal; pero los cambios en actitudes, creencias, convicciones y comportamientos de los participantes individuales del grupo no son, por sí solos, suficientes para crear un ambiente seguro para las mujeres que están siendo abusadas. Los grupos para hombres abusadores son tan solo una parte de los esfuerzos que una comunidad debe realizar para enfrentar la violencia doméstica. La

³ De acuerdo al modelo de Duluth los grupos se facilitan en parejas de un hombre y una mujer. En adelante en este texto, facilitadora implica facilitador y viceversa, excepto cuando se indique expresamente.

coordinación planificada de todos esos esfuerzos constituye lo que se llama el modelo de respuesta comunitaria coordinada.

Usando el currículum dentro del contexto de una respuesta comunitaria coordinada

Esta adaptación al idioma español del currículum de Duluth, proveerá herramientas útiles para facilitar las discusiones de grupos de hombres. Estas herramientas ayudan a mantener la discusión enfocada en la violencia de los hombres, les facilitarán a estos entender las creencias e intenciones que están detrás de sus acciones y les auxiliarán en aprender comportamientos alternativos. Todo esto en un ambiente abierto a la discusión y que apoya a los hombres en sus luchas personales por cambiar, pero que es, a la vez, un ambiente confrontador en donde no hay espacio para colusiones o contubernios.

Es importante insistir en que estos materiales no han sido diseñados para ser usados aisladamente de otras acciones comunitarias. Existen algunas consideraciones importantes para aquellos que planean usarlos; les sugiero que reflexionen acerca de las siguientes cuestiones.

- ¿Es la violencia en contra de las mujeres una cuestión privada o familiar o es un problema público y comunitario? ¿Afecta a la comunidad la violencia en contra de las mujeres? En su comunidad, ¿quién es responsable de confrontar y detener esta violencia?
- ¿Qué organizaciones en su comunidad trabajan con familias que sufren problemas de violencia doméstica? ¿Cuál es la mejor manera de intervenir en estas situaciones? ¿Son suficientes para detener el abuso las acciones de los diversos grupos y colectivos que responden a la violencia en contra de las mujeres en su comunidad (policía, tribunales y demás instituciones judiciales, de derechos humanos, grupos de mujeres, etc.)?
- Como facilitadora de un grupo de hombres, ¿tiene usted información adecuada acerca del comportamiento de los hombres en sus hogares mientras están participando en el grupo? ¿Tiene información acerca de la seguridad de las parejas de estos? ¿Ofrece su organización información, apoyo y defensa a las parejas de hombres abusadores?
- ¿Qué cambios se pueden hacer para mejorar lo que su comunidad hace en este momento para responder a la violencia contra mujeres? ¿Qué cambios podrían incrementar la seguridad para las mujeres de su comunidad?

Cuando empezaron a organizarse para detener la violencia de hombres hacia mujeres, las activistas por los derechos de las mujeres y demás individuos que trabajan en el área de violencia doméstica en Duluth, se plantearon preguntas similares a estas. Eventualmente crearon un currículum para grupos de hombres; pero nunca se pretendió que dicho currículum fuese usado en el vacío o fuera de todo contexto. Al igual que con el currículum de Duluth en inglés, esta versión en español está concebida para ser usada en el contexto de un “proyecto de intervención”

o una “respuesta comunitaria coordinada” (CCR —por sus siglas en inglés) hacia la violencia doméstica.⁴ Quiero enfatizar aquí tres componentes importantes del CCR.

1. Intervención comunitaria

La intervención comunitaria es un componente central del modelo CCR de Duluth. Significa que varias organizaciones coordinan su trabajo y adoptan, por escrito, lineamientos, programas y procedimientos que rigen las respuestas de todos aquellos individuos e instituciones que trabajan con casos de violencia doméstica: policía, cortes de justicia y agencias de servicios humanos. En Duluth, estas instituciones incluyen al departamento de policía, fiscalías, cortes del condado, oficinas que supervisan casos de libertad condicional, refugio de mujeres, organizaciones de trabajo social y el DAIP. Este último asume la posición de una organización de monitoreo.

La intervención comunitaria está basada en la idea de que la violencia en contra de las mujeres es un problema de la comunidad. Al confrontar la violencia de un hombre en particular, la sociedad no debe atribuir responsabilidad a la mujer maltratada, sino al hombre que realiza el abuso; es ella la persona más vulnerable a sus abusos continuos y, con frecuencia, la que menos puede detenerlos.

Las personas que trabajan en el área de violencia doméstica, frecuentemente se refieren al currículum para grupos de hombres de Duluth como el “modelo de Duluth,” pero yo quisiera aclarar que el modelo de Duluth no es un currículum para abusadores o un programa para hombres. Sí, el DAIP actualmente conduce ocho grupos de hombres que se reúnen semanalmente. Sí, cada hombre debe de asistir a 31 sesiones para completar el programa. Sí, el DAIP creó y usa el currículum *Power and Control: Tactics of Men Who Batter*. Sin embargo, el modelo de Duluth, tal y como fue creado por el DAIP, abarca mucho más que los puntos ya mencionados.

En términos generales, el modelo de Duluth es un esfuerzo colectivo de muchos defensores y defensoras de mujeres, facilitadores de grupos de hombres, empleados administrativos y activistas comunitarios, todos ellos trabajando en colaboración con la policía, fiscales, cortes de justicia, servicios correccionales, cárceles y otros proveedores de servicios sociales en Duluth, con el fin de mejorar la seguridad de las mujeres. Se dió inicio a este esfuerzo con una propuesta que consistía en que cada organización intentaba reducir los casos de abusos domésticos continuos y repetidos, desarrollando, por escrito, protocolos, programas y procedimientos tendientes a promover la interacción entre todas las instituciones participantes.

Fue por activismo social que se logró emprender un proyecto con las diversas agencias, consiguiendo que trabajasen de una manera coordinada a fin de mejorar la respuesta comunitaria hacia el abuso contra las mujeres. Activismo social es, precisamente, una dimensión de nuestro trabajo que tenemos que llevar a cabo si queremos lograr resultados.

⁴ Una descripción detallada de los componentes del CCR puede encontrarse en *Coordinated Community Response to Domestic Assault Cases: A Guide for Policy Development*, Duluth Domestic Abuse Intervention Project, 1985. 218-722-2781.

Para ayudar a que los hombres cesen su violencia y aprendan alternativas no violentas, debemos hacer más que facilitar discusiones donde ellos puedan analizar las creencias y convicciones que sustentan su violencia, dejando claro que la comunidad no acepta la violencia en contra de mujeres y que el abusador tendrá responsabilidad y consecuencias legales si sus comportamientos abusivos continúan.

Sugiero que las facilitadoras de grupos se hagan algunas preguntas adicionales:

- ¿Cuáles son los problemas que las mujeres de su comunidad experimentan y que hacen sus vidas inseguras?
- ¿Cree que usted puede trabajar en mejorar la respuesta de su comunidad hacia la violencia en contra de mujeres en su área?
- ¿Con quién puede usted trabajar para mejorar la situación de las mujeres?
- ¿Pueden usted y su agencia hacer activismo social en su comunidad?

El formularse y responder continuamente a estas y otras preguntas similares, así como el permanecer abierto y receptivo a los cambios, han sido aspectos centrales del modelo de Duluth desde su inicio. El DAIP ha considerado e implementado cambios en sus programas, métodos y procedimientos, así como en el material curricular. Esto es consistente con la idea de que las comunidades están vivas y cambian y que siempre existen nuevos retos y nuevas medidas que pueden ser implementadas para mejorar la seguridad de las mujeres.

2. Responsabilidad hacia las mujeres

La responsabilidad hacia las mujeres está conectada de manera muy cercana a la idea de la intervención comunitaria y constituye un componente de importancia en el modelo de Duluth. Si bien un currículum para grupos de hombres está diseñado para ayudarlos, es importante hacer notar que la tarea primordial al trabajar con hombres abusadores es el incrementar la seguridad de las mujeres mediante acciones concretas tendientes a ello. El DAIP considera que las mujeres son el punto central del proyecto de respuesta comunitario, mientras que los hombres constituyen el punto central de los grupos de hombres. Esta importante distinción mantiene a la comunidad, al DAIP y a los facilitadores del grupo de hombres responsables hacia las mujeres y la seguridad de ellas se establece como la meta primordial de la intervención. Para asegurar esta atención a la seguridad y a la responsabilidad hacia las mujeres, el DAIP ha trabajado desde su creación de varias maneras específicas.

Al reconocer que un programa enfocado en la intervención con hombres abusadores puede tener problemas para mantenerse responsable, las organizadoras del DAIP se aseguran de que en la planeación y la implementación de su programa tengan una gran influencia de parte de defensoras y promotoras de refugios para mujeres abusadas, las residentes de estos, mujeres que laboran en grupos educativos y mujeres que han sido abusadas en el pasado y que ahora trabajan confrontando violencia en contra de mujeres. Los refugios participan en el entrenamiento y en la selección del personal del DAIP y los facilitadores del grupo de hombres. El DAIP se ha comprometido a no competir con los refugios de mujeres abusadas por fondos económicos y, además, a reunirse con los refugios antes de promover cualquier tipo de cambios importantes en

programas y procedimientos o legislación que tenga un impacto en la manera como las instituciones responden a mujeres abusadas y a sus abusadores. Los procedimientos de investigación y recolección de datos son divididos entre los refugios para mujeres abusadas y el DAIP y son planeados e interpretados de una manera colectiva. Todos estos esfuerzos son parte de un sistema de medidas de responsabilidad —o de pesos y contrapesos— que el programa ha tomado durante todo este tiempo para asegurar que el proyecto mantenga como su prioridad básica la protección de las mujeres y sus hijos e hijas. Coral McDonnell, quien ha trabajado en el DAIP desde su inicio, discute la responsabilidad del programa hacia las mujeres abusadas:

Cada vez que decidimos intentar algo diferente, hablamos acerca de ello con las mujeres que han usado el sistema. ¿Funcionará esto o no? Si es así, ¿cómo puede funcionar mejor? Durante todo este tiempo hemos tenido cientos de discusiones acerca de cómo deben ser los grupos. En un caso en particular, por ejemplo, nos preguntamos: ¿deberíamos de demandar prisión o no? ¿Serán suficientes diez días o demasiados 300? Debemos, eventualmente, contestar estas preguntas respondiendo al criterio de si la medida a tomar le brindará seguridad a la mujer abusada y si la dejará libre para ser ella misma, ya que esto se pierde de las discusiones algunas veces.

Ofrecemos grupos en vez de prisión pero solamente bajo la condición de que no haya más violencia. El ser responsable ante las mujeres significa que debemos saber lo que las mujeres están viviendo y experimentando; debe quedar claro que la violencia es problema de él y no de ella y, también, debemos entender que las reacciones de ella están siempre influidas por la violencia que ella ha sufrido en el pasado y con la cual ha sido amenazada para el futuro. Para el DAIP, la cuestión esencial es el compromiso que tienen todas las agencias de cumplir sus obligaciones sociales y morales hacia las mujeres abusadas. El 75 por ciento de nuestro presupuesto se destina a mantener al sistema informado y en el uso de sus facultades de intervención para asegurar la seguridad de las mujeres. Únicamente el 25 por ciento se destina a la rehabilitación de los hombres en particular.⁵

El DAIP también emplea a dos defensoras de mujeres para que trabajen con las mujeres que han sido abusadas por los hombres que están en los grupos. Una de ellas trabaja específicamente con parejas o ex-parejas de quienes están en el grupo “Mending the Sacred Hoop” constituido por hombres nativo-americanos que han sido violentos; la otra defensora labora con parejas o ex-parejas de hombres que no son nativo-americanos. Estas defensoras contactan a cada mujer —ya sea por teléfono o por correo— para informarlas acerca de la participación de sus parejas o ex-parejas en el grupo de hombres. Les explican el funcionamiento del programa, ayudándoles a entender que la participación de un hombre en el programa no es garantía de cambio y les hacen saber que serán informadas de cuándo su pareja haya concluido el programa o bien cuando haya sido expulsado o suspendido de este. También le piden a cada mujer que llene un cuestionario relatando el historial de violencia de su pareja. Este historial, si ella lo permite, será compartido con los facilitadores de los grupos de hombres. A la mujer se le motiva para que se refiera al cuestionario cuando desee evaluar si su pareja ha cambiado su comportamiento. Las defensoras también ofrecen información acerca de planes de seguridad personal y de los recursos disponibles en la comunidad e invitan a cada mujer a que se una a un grupo educativo para

⁵ *Education Groups for Men Who Batter: The Duluth Model* by Ellen Pence and Michael Paymar. Pages 169-170. Springer Publishing Company. New York. 1993.

mujeres. Estos contactos cercanos y continuos con las mujeres abusadas resultan cruciales para mantener al proyecto de intervención comunitaria responsable hacia ellas.

3. Enfoque educativo para los grupos de hombres

Otro componente importante del modelo de Duluth es la filosofía del enfoque con que se realizan las reuniones de los grupos de hombres. Cuando la comunidad de Duluth inició cambios en su respuesta a casos de violencia doméstica, el dramático aumento en arrestos y procesamientos penales creó un nuevo dilema: ¿qué hacer con todos los hombres que fueron arrestados y procesados penalmente? Las cortes no querían sentenciar a prisión, sin primero ofrecerles una oportunidad de rehabilitación, a la mayor parte de las personas que habían cometido por vez primera un delito menor.

El personal del DAIP se enfocó entonces a desarrollar un currículum para grupos de hombres que difiera de la práctica usual de ofrecer grupos basados en manejo y control de la ira, consejería, psicoterapia o consejería para parejas. En el DAIP se había empezado a notar que estos enfoques no explicaban las causas de los abusos de una manera consistente con las experiencias reales de las mujeres. Al reflexionar acerca de las bases filosóficas del currículum, se guiaron por activistas de mujeres abusadas quienes formulaban preguntas desde la perspectiva de la mujer abusada:

- ¿Por qué es ella el blanco de la violencia de él?
- ¿Como afecta la violencia de parte de él el balance de poder en su relación?
- ¿Qué pensó él que podría cambiar al golpearla a ella?
- ¿Por qué supone él que tiene el derecho de tener el poder en la relación?
- ¿De qué maneras la comunidad apoya el uso de violencia de él en contra de ella?

Estas preguntas y un diálogo continuo ayudó al personal del DAIP a diseñar su manera de trabajar con hombres abusadores. Empezaron a experimentar con un enfoque educativo basado en una combinación de las ideas y experiencias del movimiento feminista, el movimiento por los derechos civiles, el movimiento de la no violencia de Gandhi y, especialmente, los métodos pedagógicos de Paulo Freire. Este enfoque trasladó la explicación del comportamiento violento desde un modelo psicológico a otro en el cual la violencia por parte de un hombre es vista como algo intencionalmente hecho para controlar el comportamiento de su pareja —y por lo cual él debe ser considerado el único responsable. Se trataba de una explicación que desafiaba tanto a los participantes como a los facilitadores.

Por diversas razones, el uso de teorías que ignoran intenciones y propósitos y, en lugar de eso, se enfocan en la violencia como un resultado del estrés, la ira o una incapacidad para expresar sentimientos, resultaría más fácil que la aplicación de lo que este currículum ofrece; sería además más digerible no únicamente para los hombres sino también para aquellos de nosotros que enseñamos las clases. Pero, al fin y al cabo, resulta ser menos honesto porque no reconoce las experiencias reales de las mujeres que viven con hombres que las abusan.

Es este marco teórico para entender el abuso en contra de mujeres lo que distingue al currículum de Duluth de muchos otros modelos de intervención de grupo con abusadores. Este enfoque, combinado con un fuerte mensaje comunitario que establezca que la violencia por parte de los hombres no será tolerada, da esperanzas que podemos trabajar con hombres abusadores para que ellos puedan cambiar sus vidas.

Para terminar

Espero que estos materiales en idioma español sean un recurso valioso en nuestro trabajo con hombres que son abusivos con sus parejas. El desafío frente a nosotros es inmenso, pero estoy seguro de que nuestros esfuerzos colectivos nos ayudaran a acercarnos a la meta de lograr seguridad para mujeres que han sido abusadas y a prevenir el abuso de muchas otras, especialmente de nuestras hermanas latinas.

Luis Aravena Azócar